

**TORTOSA DURANTE LA PROTOHISTORIA. LAS EXCAVACIONES  
DEL GRUP DE RECERCA DEL SEMINARI DE PROTOHISTÒRIA  
I ARQUEOLOGIA DE LA URV ENTRE LOS AÑOS 2004 Y 2011**

Jordi Diloli

Ramon Ferré

Jordi Vilà

*Seminari de Protohistòria i Arqueologia (Gresepia), Universitat Rovira i Virgili*

### **Resumen**

Hasta fechas muy recientes, la ocupación prerromana de la ciudad de Tortosa no había pasado de mera hipótesis, a pesar de las informaciones proporcionadas por los autores clásicos, los estudios numismáticos o las reflexiones de la historiografía moderna, que intentaban localizar en este enclave un asentamiento ibérico que hubiese participado en la ordenación del territorio ilerconvonense. En este contexto, la investigación arqueológica, que ha alcanzado una importancia crucial los últimos años, ha propiciado el hallazgo por vez primera en el casco urbano tortosino de restos estructurales de época ibérica, en la calle de Sant Domènech, a los pies de la colina de la Zuda. Se trata de un gran muro de mampostería, interpretado como una muralla de aterramiento, datado entre finales del siglo III e inicios del II a. n. e. Es así que la relectura de los datos conocidos y las intervenciones llevadas a cabo en las calles de Sant Domènech (2007), Sant Felip Neri (2008-09), La Mercè (2010) y Montcada (2006-10), han permitido definir un esquema cronocultural sobre la ocupación protohistórica de la ciudad, que se iniciaría durante el Bronce Final / Primera Edad del Hierro en la colina de la Zuda, perdurando hasta la fundación de la ciudad de *Dertosa*.

*Palabras clave:* Tortosa, iberos, río Ebro, protohistoria, ilerconvones, muralla.

**TORTOSA DURING PROTOHISTORY. THE EXCAVATIONS CARRIED OUT  
BY THE GRUP DE RECERCA DEL SEMINARI DE PROTOHISTÒRIA I ARQUEOLOGIA  
BETWEEN 2004 AND 2011**

### **Abstract**

Until recently the pre-Roman occupation of the town of Tortosa was little more than a hypothesis, despite the information provided by the classical writers, numismatic studies and the reflections of modern historiography that attempted to find here an Iberian settlement that would have been part of the organisation of the Ilerconvonian territory. In this context, archaeological research, which has attained crucial importance in recent years, has led to the find of structural remains from the Iberian period for the first time in the urban area of Tortosa, in Sant Domènech Street, at the foot of La Zuda Hill. They consist of a large masonry wall interpreted as a terracing wall dated to between the late 3rd century and the early 2nd century BCE. As such, the re-reading of the known data and the excavations carried out in Sant Domènech (2007), Sant Felip Neri (2008-09), La Mercè (2010) and Montcada (2006-10) Streets have allowed a chronocultural plan to be defined for the protohistoric occupation of the town that would have begun during the Late Bronze/Early Iron Age on La Zuda Hill and would have lasted until the foundation of the town of *Dertosa*.

*Keywords:* Tortosa, Iberians, River Ebro, protohistory, Ilerconvonians, wall.

## 1. Introducción

La ocupación prerromana del solar en el que hoy día se sitúa la ciudad de Tortosa ha sido objeto de estudio y controversia entre los investigadores desde fechas muy antiguas. A pesar de las sugerentes informaciones proporcionadas por los autores clásicos, los indicios numismáticos de época ibérica y romana, o las reflexiones de la historiografía moderna, que intentaban localizar en este lugar un asentamiento ibérico que hubiese participado en la ordenación del territorio ilercavón, la propuesta sobre la existencia de un núcleo protohistórico en la colina donde actualmente se encuentra el parador nacional de turismo Castillo de la Zuda no había pasado de mera hipótesis. En este sentido, los trabajos realizados en la ciudad por el Grup de Recerca del Seminari de Protohistòria i Arqueologia de la URV durante los últimos años han supuesto un avance en el conocimiento de la Tortosa protohistórica, pues al análisis de los materiales recuperados en distintas intervenciones urbanas, conservados en el museo municipal, se ha sumado la realización de diversas excavaciones arqueológicas que han permitido constatar una ocupación de este espacio desde al menos el siglo VII a. n. e. hasta la actualidad.

## 2. Estudio de la Tortosa prerromana: una periodización

En la breve historia de la investigación del pasado protohistórico de la ciudad podemos distinguir tres épocas clave.

a) El período anterior a la creación del Servicio de Arqueología de la Generalitat de Cataluña. Correspondiente a esta época, que podemos situar sobre todo entre los años 60 y 70 del pasado siglo, existe un conjunto de material cerámico, no muy abundante, cuyo origen hay que buscar en varias obras urbanas de carácter no arqueológico, pero que pudieron ser objeto de un mínimo seguimiento. De este periodo conviene destacar la labor de dos figuras singulares cuyo esfuerzo personal permitió salvar datos valiosísimos para la reconstrucción de la historia antigua de la ciudad, a pesar de la precariedad y la falta de apoyo que recibieron en el desarrollo de su labor. En primer lugar, se trata de Jesús Massip, director del museo municipal durante este periodo. Si bien no realizó ninguna excavación arqueológica, se esforzó por recuperar aquellos materiales procedentes de algunas remociones de tierras que se realizaron en el casco antiguo o en partes de la ciudad con interés histórico, de las cuales tenía conocimiento. Entre éstas hay que destacar las obras del edificio de la Telefónica (1963), las realizadas en el ábside de la catedral (1965), en la calle de Sant Domènech (1968), y la Plaza dels Estudis (1970-71). Igualmente, hay que mencionar a Ramon Miravall, historiador, estudioso de la ciudad y arqueólogo afi-

cionado, quien, junto con un equipo de voluntarios, hizo cuanto pudo durante las obras llevadas a cabo en el castillo de la Zuda (1972) y en la calle Mercaders (1973). De estas actuaciones, por lo que se refiere a la obtención de restos estrictamente relacionados con los períodos prerromanos, apenas podemos mencionar algunos fragmentos de cerámica ibérica a torno, cerámica a mano, y algunos fragmentos de cerámica de barniz negro campaniense, pero también un primer plano de distribución de materiales que permite aventurar hipótesis sobre una posible delimitación del asentamiento ibérico tortosino.

b) Aparición del Servicio de Arqueología de la Generalitat de Cataluña. Desde el año 1983, la creación del Servicio de Arqueología del Departamento de Cultura de la Generalitat de Cataluña aseguró el correcto desarrollo de la actividad arqueológica en aquellas obras o remociones de tierra que pudiesen afectar el patrimonio tortosino. Su implantación supuso la normalización de la arqueología como actividad plenamente profesional, y de obligada aplicación en los casos requeridos. En realidad, durante estos años no hubo un incremento significativo del conocimiento acerca de la ocupación prerromana de la ciudad, destacando las excavaciones realizadas en la plaza Alfonso XII, que proporcionaron material cerámico ibérico en posición secundaria. A pesar de esta importante carencia por lo que se refiere propiamente al solar de la ciudad de Tortosa, en esta época se produjo la eclosión de varios proyectos de investigación centrados en la región del tramo final del Ebro, por parte de distintas instituciones universitarias, que posibilitaron la excavación de yacimientos emblemáticos del entorno, como La Moleta del Remei, Aldovesta, Sant Jaume-Mas d'en Serrà, Barranc de Gàfols, Castellet de Banyoles, Castellet de la Roca Roja, Les Planetes, L'Assut, etc., así como un extenso programa de prospecciones. Los esfuerzos llevados a cabo hasta estos momentos, a parte de los resultados de las intervenciones, dieron su fruto en forma de trabajos de síntesis, destacando los de J. Diloli (1997), D. Garcia (2005) y J. Noguera (2007). En definitiva, un período ejemplar que supuso un paso adelante fundamental en la investigación protohistórica de la región, en el que se dieron grandes avances tanto cuantitativos como cualitativos en el conocimiento del registro arqueológico y de los procesos históricos que se desarrollaron durante la Antigüedad del bajo Ebro.

c) Inicio del proyecto «Anàlisi històrica i arqueològica de l'evolució urbana de la ciutat de Tortosa des de la seva fundació fins a l'antiguitat tardana». A partir del año 2005, el Seminari de Protohistòria i Arqueologia de la Universidad Rovira i Virgili de Tarragona, estructuró las bases de un proyecto científico con la voluntad de integrar los conocimientos dispersos hasta el momento sobre la ocupación del solar tortosino durante la Antigüedad, impulsando a la vez nuevos estudios que permitiesen avanzar en este conocimiento. En el marco de este proyecto se realizó una supervisión de

los materiales acumulados en los fondos del antiguo museo municipal, entre los que se encuentran buena parte de los recuperados a lo largo del siglo xx, incluidos los recuperados por Massip i Miravall en los años sesenta y setenta. Sin embargo, la parte más importante del proyecto ha consistido en las excavaciones llevadas a cabo en las calles de Sant Felip Neri (2008-09), La Mercè (2010) y Montcada (2006-10), que han permitido ampliar el corpus cerámico de cronología protohistórica de la ciudad, estableciendo además varios horizontes de ocupación prerromana. No es, empero, hasta las intervenciones en la calle de Sant Domènech (2007) cuando finalmente se han hallado restos estructurales correspondientes a época ibérica.

### 3. El cerro de la Zuda

Los hallazgos de cerámica protohistórica que se documentan en la ciudad permiten crear un mapa de

dispersión cerámica que apunta al cerro de la Zuda como el lugar en donde necesariamente tiene que ubicarse un asentamiento ibérico, pues éstos se localizan en la ladera baja del monte, y siguiendo el cauce del barranco del Rastre. Este barranco es contiguo al cerro de la Zuda, y a lo largo de la historia se ha caracterizado por la violencia de sus avenidas en momentos de grandes lluvias, por lo que no es extraño que hayan aparecido restos cerámicos ibéricos relativamente alejados de la Zuda, pero en el mismo cauce del barranco, arrastrados sin duda por la fuerza de la corriente.

La colina donde se levanta el castillo de Sant Joan o de la Zuda es una de las últimas estribaciones de la sierra de Cardó-Boix. Con una altura de 52 m s.n.m., se encuentra situada junto al cauce del Ebro, en su orilla izquierda, y desde su posición estratégica se domina todo el casco antiguo de la ciudad, así como el llano fluvial del entorno, sin ningún obstáculo que limite su visibilidad en los lados norte, sur y oeste. Esta situación privilegiada ha propiciado que sea el punto de

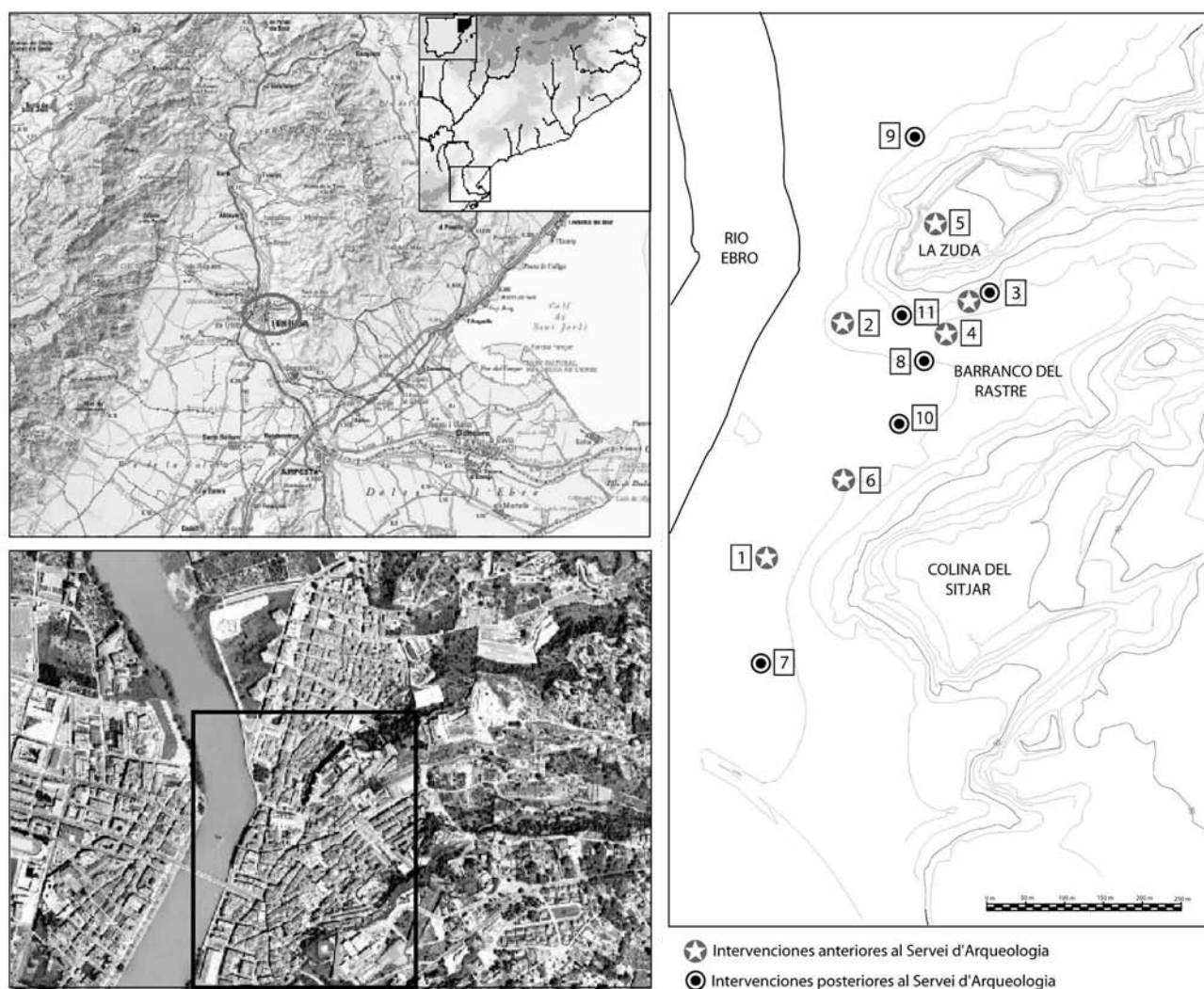


FIGURA 1. Situación de Tortosa y localización en la ciudad de las excavaciones que han proporcionado materiales ibéricos. 1. Edificio de Telefónica; 2. Ábside de la catedral; 3. Calle Sant Domènech; 4. Plaça dels Estudis (Plaza O'Callaghan); 5. Castillo de la Zuda; 6. Calle Mercaders; 7. Plaça d'Alfons XII; 8. Calle de la Mercè; 9. Calle Major de Sant Jaume; 10. Calle Montcada; 11. Calle Sant Felip Neri.

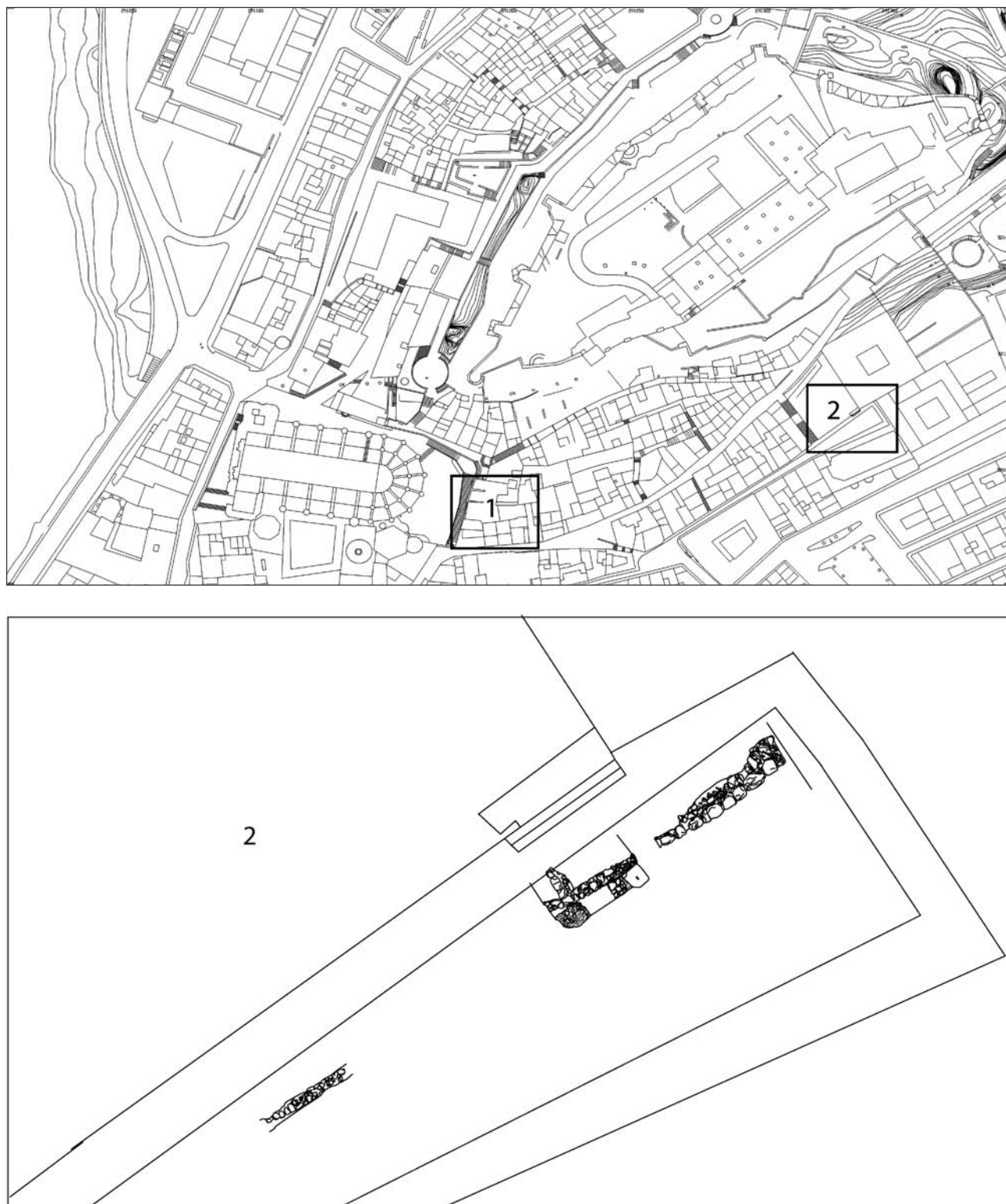


FIGURA 2. Plano del cerro de la Zuda y de su ladera sur, con indicación de las áreas de Sant Felip Neri (1) y calle Sant Domènec (2). En el recuadro inferior, planta del muro ibérico de Sant Domènec.

la ciudad donde se documenta la presencia de hábitat humano desde fechas más tempranas, que se prolonga en el tiempo hasta nuestros días, con escasos hiatos poblacionales, convirtiéndose, además, en una auténtica acrópolis para la ciudad, de forma que las principales fortificaciones tortosinas se han ubicado en este espacio desde la Antigüedad hasta nuestros días.

El cerro de la Zuda ofrece todas las cualidades que podrían requerirse para albergar un asentamiento ibérico de importancia distinguida para lo que constituye su entorno regional. Destaca el control visual de buena parte del tramo final del Ebro, importantísima vía de comunicación, cuyas cualidades no enumeraremos aquí, en un punto en que el relieve montañoso se abre y deja lugar a un rico llano fértil de gran potencialidad respecto a su aprovechamiento agrícola. Además, su forma alargada, y de relieve impracticable con la excepción de un solo punto, se ajusta a los estándares ya observados en los otros poblados ibéricos de la región, con la diferencia que su superficie es notablemente mayor que la de éstos. A estas consideraciones hay que añadir la relativa lejanía de otros centros ibéricos, puesto que su distancia respecto a los vecinos más próximos dobla la media respecto a la del resto de asentamientos del bajo Ebro (Diloli 1997). Siguiendo la ley de «rango-tamaño», esta situación podría ser indicativa de la existencia de un gran asentamiento, con un área de influencia mayor que la de otros, más aun teniendo en cuenta que la capacidad agrícola de ese territorio sería también superior.

Justamente en esta región es donde Tito Livio localiza *Hibera*, una ciudad, la más opulenta de la región del bajo Ebro, situada junto al río, que fue sitiada en

el 215 a. n. e. por las tropas romanas para retrasar la marcha de los cartagineses hacia Italia, pero que no llegó a caer en sus manos en ese momento, ya que levantaron el sitio a causa de las maniobras de Asdrúbal (Liv. XXIII, 28).

### 3.1. Horizontes cronológicos prerromanos

A pesar de algunas excavaciones puntuales, hasta ahora no se ha abordado un estudio en profundidad que abarque la colina y la fortaleza en su conjunto. Los datos más antiguos proceden de las tareas de salvamento dirigidas por Ramon Miravall durante los años 1972-73, cuando las obras destinadas a la construcción del moderno parador de turismo hicieron grandes destrozos en las estructuras y estratigrafía antiguas del lugar. Entre la cerámica recuperada, encontramos un fragmento bastante entero de olla del neolítico antiguo, sin pulir y con decoración de bigotes, postcardial, correspondiente a la facies Ribera Baja del Ebro, ubicable en el paso del quinto al cuarto milenio a. n. e. Muy recientemente se ha empezado a concebir la existencia de un posible horizonte del Bronce Final, a partir de la existencia de una serie de materiales recuperados de las excavaciones de la calle Sant Felip Neri (2008-9), en la ladera meridional del monte, que se habrían desplazado hasta su falda debido a procesos deposicionales corrientes. Se trata de un conjunto de fragmentos de difícil datación, por la falta de elementos de referencia; cerámica sin tornear, en algún caso bruñida, decorada con acanalados y cordones múltiples con digitaciones. La presencia de estos fragmentos en la falda de la Zuda se debe, con seguridad,



FIGURA 3. Vista general del muro de época ibérica aparecido en la intervención arqueológica llevada a cabo en la calle Sant Domènec de Tortosa.



FIGURA 4. Vista de la anchura del muro ibérico de la calle Sant Domènec.

como hemos indicado, a procesos de erosión y sedimentación, que siguen un movimiento descendente desde la cumbre y la zona alta del monte, que es donde hay que localizar el asentamiento del que proceden los materiales cerámicos.

Más evidente resulta, aunque solo sea por la presencia de materiales de importación, la existencia de un horizonte cronológico de la Primera Edad del Hierro, confirmado a partir de las excavaciones llevadas a cabo en la calle Sant Domènec (2007), también en la ladera sur de la Zuda. En esta ocasión, se recuperó un pequeño lote de materiales fragmentarios elaborados a mano, en líneas generales similares a los hallados durante 2008 en Sant Felip Neri, pero acompañados de cerámica torneada correspondiente a ánforas fenicias de pasta tipo Málaga. La ausencia de formas entre las importaciones fenicias dificulta su datación precisa, de modo que provisionalmente atribuimos a todo el conjunto una cronología del siglo VII a. n. e.

En cambio, la presencia de cerámica ibérica procedente de la Zuda y de sus alrededores es un hecho harto conocido desde hace varias décadas, tal y como puede verse en las notas e informes de Jesús Massip ya en los años sesenta, a partir de sus hallazgos en la calle Sant Domènec, en el ábside de la catedral, en la plaza O'Callaghan o en el solar del edificio de la Telefónica. Dejando de un lado la obvia pérdida del contexto del que proceden, uno de los problemas que plantean estos conjuntos, nunca demasiado abundantes, por

otra parte, es que constan de formas muy habituales en el repertorio formal ibérico. Con la excepción de algunos bordes de *kalathos* y de tinajas del tipo Ilduradin, el resto de formas lo constituyen bordes anfóricos típicos, tinajas del tipo cuello de cisne, etc., es decir, formas de largo recorrido que no ayudan a precisar una cronología. De la misma cima de la Zuda solamente tenemos constancia de un borde de ánfora y algunos fragmentos informes, algunos no torneados, entre el material recuperado por Ramon Miravall en 1972-73.

Las recientes excavaciones en las calles de Sant Domènec y Sant Felip Neri permitieron fijar un horizonte del Ibérico Pleno, gracias al hallazgo de un borde de bol en barniz negro ático, correspondiente a la forma Lamboglia 22 / Morel 2681a, con una datación de siglo IV a. n. e, y al de varios restos de urna de orejetas, una forma inexistente en la región a partir de finales del siglo IV a. n. e. (Diloli 2008), a los que hay que sumar el hallazgo conocido ya de antiguo de otro fragmento de barniz negro ático procedente de la ladera noroccidental (Diloli 1997). A pesar de haber sido halladas en posición secundaria, estas piezas atestiguan la existencia de una ocupación del lugar entre los siglos V y IV a. n. e.

Mucho más claras son las evidencias de ocupación correspondientes a los periodos finales de la cultura ibérica. Uno de los más notables conjuntos recuperados por Massip se halló en el solar en el que se edificó la sede de la Telefónica en Tortosa, y estaba integrado mayoritariamente por fragmentos de *kalathoi* pintados, así como un *pithiskos* que, por pasta y decoración pictórica, bien podría ser contemporáneo y procedente de los mismos hornos que éstos, posiblemente el taller de Fontscaldes. *Kalathoi* y tinajas Ilduradin son piezas frecuentes en las excavaciones llevadas a cabo en la ladera meridional de la Zuda, y van acompañadas de barnices negros campanienses, tanto de tipo A como B, y ánforas itálicas Dressel I, que llegan a coincidir con las primeras ánforas Lamb. 2.

En los últimos años, además, se han localizado las primeras muestras de epigrafía ibérica, en forma de grafitos sobre cerámica. En los tres casos se trata de fragmentos de barniz negro campaniense, una del tipo A y las otras dos del tipo B. El ejemplo más claro proviene de los niveles de aterramiento de la calle de Sant Felip Neri. Se trata de un fragmento de fondo de una forma indeterminada del tipo campaniense B, en el que figura la inscripción BEL. Es ésta una leyenda que encontramos en otros yacimientos del noreste peninsular. En Azaila se documentan dos BEL, igualmente sobre cerámicas de campaniense B, así como formas similares, como BE, BIL y BER (Beltrán 1995, 195-222). Del yacimiento de Can Malla, en Palou, proviene otro BEL sobre campaniense B (Untermann 1990, 134). De los niveles del siglo I a. n. e. de Iesso (Guissona) proceden monedas correspondientes a la tercera emisión de la ceca del mismo lugar, con la marca BEL, interpretada como posible abreviatura del

nombre de la autoridad emisora, mientras que también se conoce un fragmento de campaniense B de Cales con el grafito BE (Pera 2005). De otro fragmento de campaniense B, en este caso de una pared, hallada formando parte de un estrato de sedimentación en la calle Sant Domènec, procede el grafito A[...], un carácter que posiblemente formaba parte de una inscripción más larga. No obstante, no podemos descartar que se trate de una p latina. El tercer fragmento grafitado es algo más dudoso, pues está en mal estado y no se aprecian con claridad los caracteres que aparecen; su soporte es un fragmento de fondo de un vaso campaniense A tardío, procedente del conjunto cerámico recuperado por Massip de las obras realizadas en la plaza O'Callaghan (actual Plaça dels Estudis) entre 1970 y 1971. Una posible lectura podría ser [...]LBAKE, aunque no es seguro. Posiblemente se trata de designaciones antropónimicas abreviadas, correspondientes a los propietarios de los vasos. Cronológicamente, pueden ubicarse en una franja temporal situada entre fines del siglo II a. n. e. y mediados del siglo I a. n. e., en un momento en el que el antiguo núcleo ibérico presumiblemente está experimentando un importante crecimiento, tal como lo sugieren los recientes hallazgos en la ladera sur de la Zuda. La aparición de estos grafitos tiende a demostrar que el grueso de la población de la ciudad estaba formado por gentes autóctonas o, como mínimo, culturalmente ibéricas.

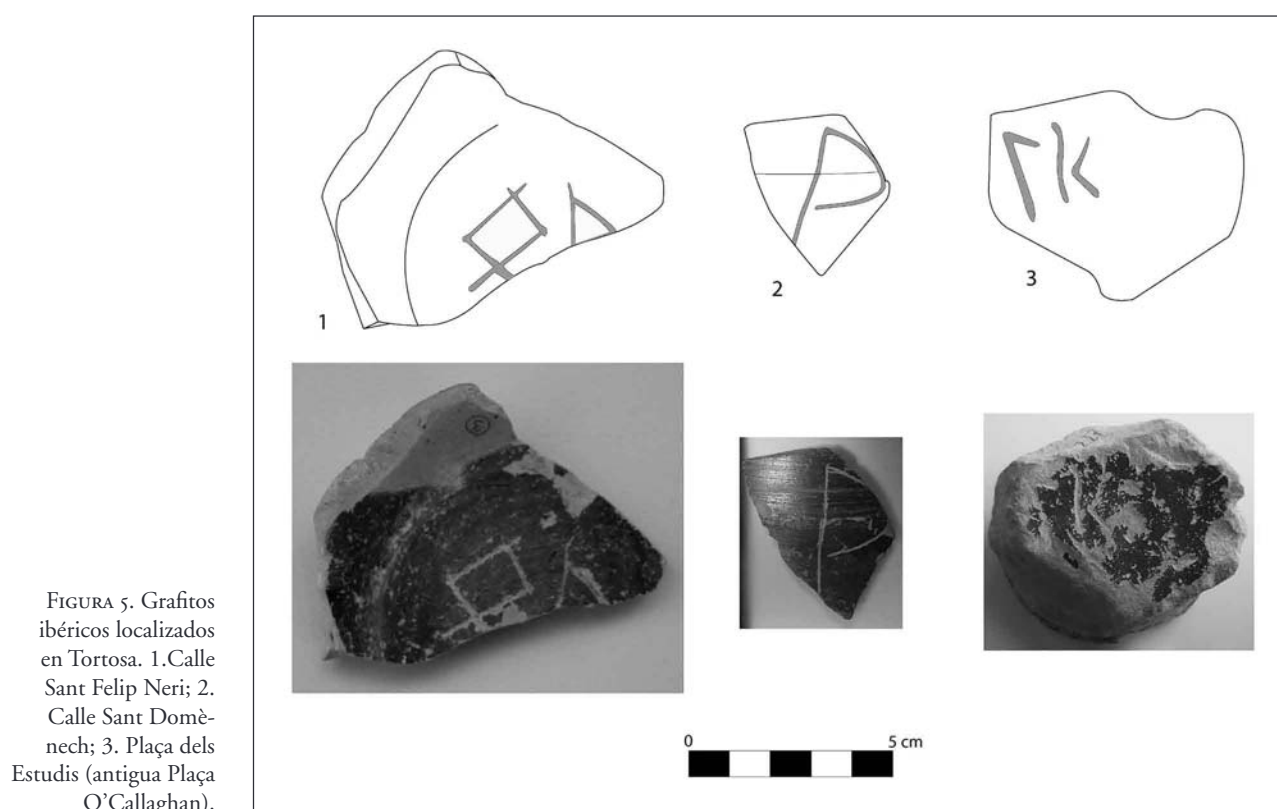
Con todo, el elemento más destacable que las excavaciones llevadas a cabo en los últimos años ha dejado al descubierto permite subir un grado cualitativo en el estado de la investigación, pues finalmente se han

podido documentar restos estructurales de inequívoca filiación ibérica. Se trata de una estructura detectada de modo casi fortuito en la calle de Sant Domènec, mientras se estaban realizando tareas de reurbanización de la zona, que promovió una excavación de todo el tramo final de la calle.

### 3.2. La fortificación de la calle de Sant Domènec.

#### La delimitación meridional del núcleo ibérico

La estructura recuperada en la calle Sant Domènec la constituye un único muro, de 1,5 metros de anchura y del que conocemos 5,40 metros de longitud. Su extremo norte desaparece bajo el convento renacentista de Sant Jaume i Sant Maties, mientras que su extremo sur se pierde, desmontado con toda seguridad en época altoimperial, siguiendo el trazado de la calle. Tal como se conserva en la actualidad, está formado por dos hiladas de grandes bloques de piedra no escuadrada que forman la cara vista del muro, tras la que se acumula, sin orden aparente, una gran cantidad de piedra pequeña y mediana, a modo de relleno. El muro no posee una cara interna visible, de forma que inmediatamente después del relleno de piedras de pequeño formato ya encontramos el terreno arcilloso de la ladera del monte. Claramente se trata de un muro de aterramiento que salva un importante desnivel, revistiéndolo sólidamente con piedra. En la construcción del muro no se utiliza ningún mortero, solo barro y ripio para encajar entre sí los grandes bloques. Las dos hiladas que se conservan de este paramento alcanzan para una altura escasamente superior a un metro.



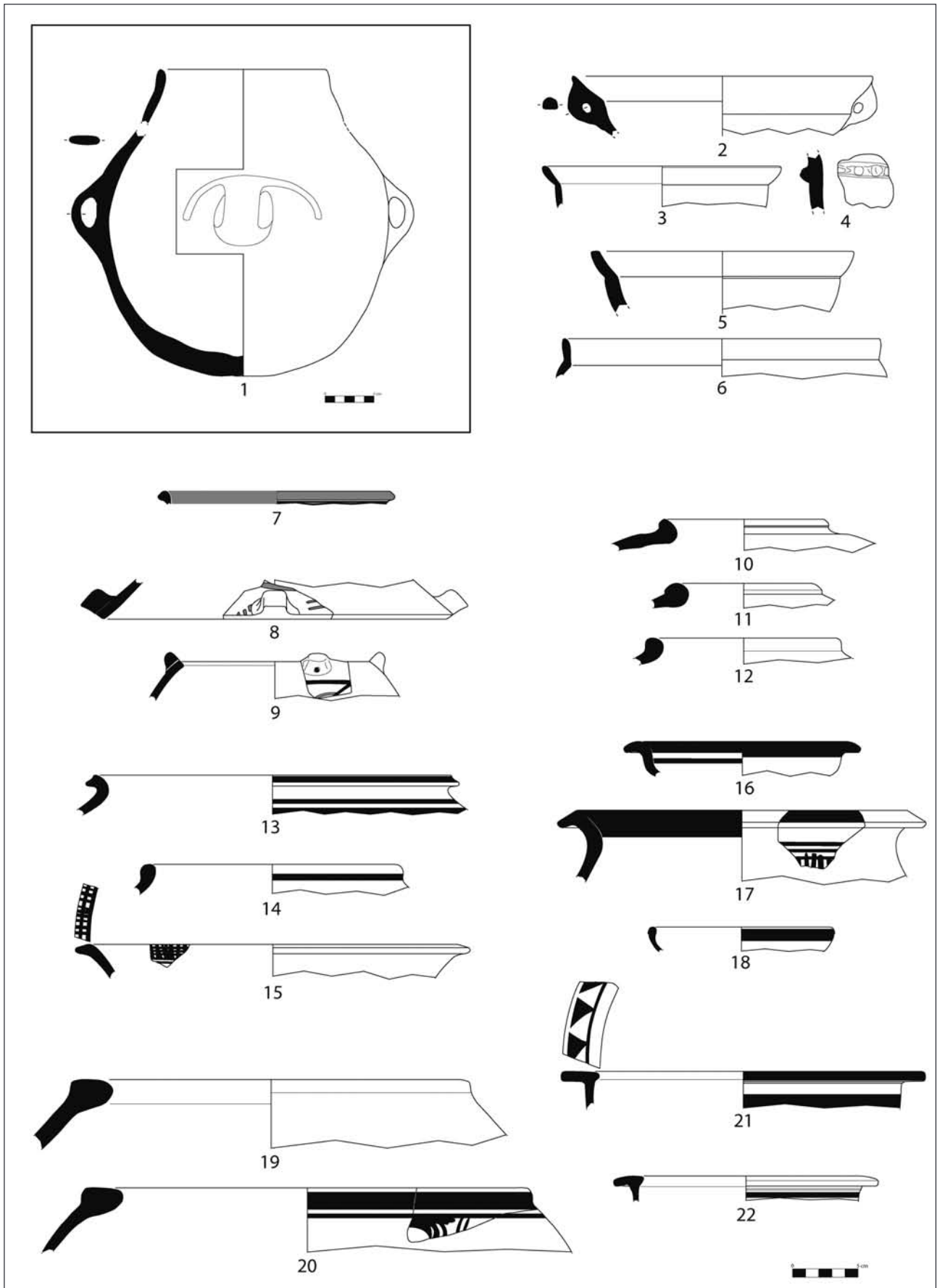


FIGURA 6. Cerámica procedente del cerro de la Zuda y de su ladera sur: 1. Tinaja neolítica de la Zuda; 2-6. Cerámica no torneada preibérica; 7. Bol de barniz negro ático, forma Lamboglia 22 / Morel 2681a (Calle Sant Domènech); 8-9. Borde y tapadora de urna de orejetas; 10-12. Ánforas ibéricas; 13-18. Vajilla y contenedores ibéricos; 19-20. Tinajas tipo Ilduradin; 21-22. *Kalathoi*.

El extremo sur de la construcción consta de una única hilada a lo largo de un metro de longitud, formada por un único bloque de piedra, a partir del cual parte un segundo muro que sigue aproximadamente la misma dirección que el anterior. En este caso, se trata de una construcción posterior más modesta, de cerca de 60 centímetros de anchura, elaborado a base de piedras de variadas dimensiones unidas con barro. Este segundo muro se pierde por su extremo sur, más allá del límite de excavación, siguiendo aproximadamente el mismo trazado que la actual calle de Sant Domènec. Se trata de estructuras que no se sustentan sobre el suelo de roca natural de conglomerado, sino sobre estratos arcillosos ricos, como indicábamos, en materiales datables en la Primera Edad del Hierro. El substrato natural rocoso, cuya superficie es muy irregular a lo largo de toda la falda del monte, se sitúa a muy escasa distancia, a menos de un metro de la superficie frontal del muro, en forma de una cresta que se aproxima progresivamente a éste hasta que la trayectoria de los dos converge. A partir de esta arista se extiende una superficie irregular de suelo rocoso en leve progresión descendente. Sobre este espacio, situado por delante de la cara frontal del muro, se distinguieron dos estratos, cuya formación hay que situar en momentos intermedios entre la construcción y la destrucción del mismo, y que tal vez cabría interpretar como sintomáticos de un momento de desuso del mismo. Entre los materiales recuperados domina plenamente la cerámica común ibérica, sin elementos claros de datación, a pesar de la presencia de un fragmento pintado de urna de orejetas, seguramente residual. El más moderno de estos estratos puede situarse a mediados del siglo I a. n. e., dada la presencia de fragmentos anfóricos itálicos, concretamente un borde de Dressel 1A y el pivote de una Lamb. 2. El segundo estrato, más antiguo, no cuenta con indicadores tan fiables: hay presencia de fragmentos de campaniense A, la mayoría informes, pero también un borde de Lamb. 27, datable en el paso del siglo III al II a. n. e. De modo global lo suponemos en el siglo II a. n. e. Estos estratos no se extienden regularmente sobre la plataforma rocosa, sino que aparecen inmediatamente adosados a la cara frontal del muro, lo que sugiere que se trata de acumulaciones de sedimento arrojados o precipitados desde su parte superior, tal vez en un momento en que la función original del muro ha perdido parte de su sentido. El resto de la plataforma rocosa parece ser que estuvo al descubierto, al menos hasta finales del siglo II d. n. e.

A partir del registro meramente material es difícil plantear una datación con un cierto grado de precisión, ya que la horquilla cronológica, si tenemos en cuenta todos los materiales aparecidos, se extiende entre los siglos VII y II a. n. e. Tanto por los elementos cerámicos, por la estratigrafía o por los datos históricos, creemos que es coherente emplazar su construcción a finales del siglo III a. n. e., relacionándola con el transcurso de la Segunda Guerra Púnica, en un momento en que sabemos con certeza que las tierras del Ebro

estuvieron muy implicadas en el conflicto, tal como relata Tito Livio, sobre todo a partir del ataque romano a *Hibera* o al establecimiento de un campamento en la desembocadura del río (Liv. XXIII, 28, 9-12; Liv. XXV, 37, 6-7; Liv. XXVI, 17, 2-3; Liv. XXVI, 41, 1-2; Liv. XXVIII, 42, 3-4).

Sin embargo, a priori, no hay nada que nos impida suponerle un origen más antiguo. Teniendo en cuenta las características de anchura, técnica constructiva y situación topográfica, está claro que su función original es la de fortificación. Su aparejo, a base de grandes bloques de piedra sin escuadrar, es una muestra de monumentalidad que creemos compatible solamente con grandes construcciones públicas, como es el caso de las murallas de un asentamiento importante. Algunos de sus bloques miden más de un metro de lado, que son las dimensiones a partir de las que algunos investigadores creen conveniente hablar de aparejo megalítico en la arquitectura defensiva ibérica (Moret 1996, 86). Además, la dirección del muro sigue un trayecto que recorrería, por lo menos parcialmente, la falda del tozal de la Zuda, de cuya parte superior procede el material cerámico protohistórico que hemos comentado y en donde, por consiguiente, cabría situar un núcleo ibérico de gran importancia (Diloli 1996, 1997), que tendría que haber estado dotado de importantes fortificaciones (Diloli y Ferré 2008). Esta fortificación toma la forma de un gran muro al que podrían adosarse terrazas desde las que se podría gestionar la defensa con facilidad de movimientos, dispuesta en relación con el relieve rocoso del lugar, que haría del cauce del barranco del Rastre una suerte de foso natural.

Esta fortificación fue derribada, seguramente ya en la primera mitad del siglo I d. n. e. Los restos supervivientes al derribo parecen haber sido aprovechados como muro de aterramiento de escasa altura, ahora ya sin funciones defensivas, al que se añaden nuevos muros de época altoimperial con esa misma finalidad.

#### 4. Conclusiones

Como se ha visto, los primeros pasos en el estudio del poblamiento protohistórico de la ciudad de Tortosa se dieron en medio de una situación de gran adversidad debido básicamente a la falta de interés mostrada por las instituciones y buena parte de la sociedad local durante la segunda mitad de la dictadura franquista. Gracias a la aparición del proyecto de investigación de la Universidad Rovira i Virgili, centrado en el estudio de los inicios y desarrollo de la ciudad durante la Antigüedad, se han podido llevar a cabo una serie de iniciativas, entre las que destacan las excavaciones arqueológicas en el casco antiguo del municipio. Los primeros resultados de este esfuerzo han supuesto la confirmación de la existencia de un asentamiento protohistórico, posiblemente localizado en el cerro de la Zuda, que se ocuparía desde finales de la Edad del Bronce, aunque con antecedentes en

el Neolítico, como se ha visto. A partir del registro cerámico no puede establecerse claramente ningún hiato poblacional, tal vez con la excepción del siglo VI a. n. e., del que aún no se han localizado materiales atribuibles.

En época ibérica este *oppidum* llegaría a convertirse en un núcleo de primer orden, muy probablemente la *Hibera* que cita Tito Livio. El hallazgo de un muro defensivo en la falda del monte supone para este núcleo unas dimensiones considerablemente superiores a las del resto de asentamientos de la región del bajo Ebro, lo que concuerda perfectamente con el papel destacado que el historiador romano atribuye a *Hibera*. Contribuye a esta identificación la ausencia de indicios de destrucción o despoblación entre finales del siglo III a. n. e. y el siglo I a. n. e.; al contrario, se observa una probable ampliación hacia el sur hasta llegar al cauce del barranco del Rastre. Esta ampliación la ubicamos provisionalmente en la primera mitad del siglo I a. n. e., y podría coincidir con el desmantelamiento de la antigua red de asentamientos ibéricos en altura que se extendía sobre el territorio, a consecuencia del abandono más o menos pacífico de todos ellos a lo largo de los siglos II y I a. n. e.

La posibilidad de que parte del contingente humano procedente de estos asentamientos se instalase en Tortosa explicaría esta importante ampliación urbanística y concordaría perfectamente con la existencia de grafitos ibéricos sobre cerámica que se empiezan a hallar en las excavaciones de la ciudad. La continuidad en el poblamiento y el crecimiento de la ciudad, que se convierte en el centro político indiscutible de un amplio territorio alrededor del tramo final del Ebro –tal como se desprende de la cita de César acerca de una única ciudad innominada que le prestó ayuda en la batalla de Ilerda (Caes. Civ. LX)–, a su vez, explica la acuñación de dos emisiones monetales, datadas durante finales del siglo I a. n. e. y la primera mitad del siglo I d. n. e., en las que aún subsiste el nombre de

*Hibera*, antes de ser definitivamente sustituido por el nombre romano de la ciudad: *Dertosa*. De hecho, en la segunda emisión, de época tiberiana, coexisten los dos nombres, mediante la leyenda DERT M H I ILERCAVONIA ('Dertosa municipium *Hibera Iulia Ilercavonia*') (Llorens y Aquilué 2001, 40-47).

## Bibliografía

- BELTRÁN, M. 1995: *Azaila. Nuevas aportaciones deducidas de la documentación inédita de Juan Cabré Aguiló*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza.
- DILOLI, J. 1996: «Hibera Iulia Ilercavonia-Dertosa: l'assentament ibèric i la implantació de la ciutat romana», *Butlletí Arqueològic* 18, 53-68.
- 1997: *Anàlisi dels models d'ocupació del territori durant la protohistòria al curs inferior de l'Ebre*, Universitat Rovira i Virgili, Tarragona. [Tesis doctoral]
- 2008: «La ceràmica ibèrica a torn al curs inferior de l'Ebre (Baix Ebre, Montsià i Baix Maestrat). Un assaig de classificació», *Cypsela* 17, 233-252.
- DILOLI, J.; R. FERRÉ 2008: «Íberos en Tortosa. Nuevos datos sobre la protohistoria del bajo Ebro», *Saguntum* 40, 109-126.
- LLORENS, M<sup>a</sup>. M.; AQUILUÉ, X. 2001: *Ilercavonia-Dertosa i les seves encunyacions monetàries*, Societat Catalana d'Estudis Numismàtics, Institut d'Estudis Catalans, Barcelona.
- MORET, P. 1996: *Les fortifications ibériques, de la fin de l'âge du bronze à la conquête romaine*, Casa de Velázquez, Madrid.
- PERA, J. 2005: «Pervivencia de la lengua ibérica en el siglo I a.C. El ejemplo de la ciudad romana de Iesso (Guissona, Lleida)» *Palaeohispanica* 5, 315-331.
- UNTERMANN, J. 1990: *Monumenta Linguarum Hispanicarum*, Ludwig Reichert Verlag, Wiesbaden.